

## **Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo C2025**

La solemnidad de Cristo Rey fue instituida por el Papa Pío XI en 1925 en respuesta a los regímenes políticos ateos y totalitarios que negaban los derechos de Dios y de la Iglesia. El contexto en el que nació la fiesta fue el de la Revolución Mexicana, especialmente con la Guerra Cristera. En ese periodo, muchos cristianos que fueron asesinados exclamaron hasta su último aliento: «¡Viva Cristo Rey!».

Ese clima de ateísmo y totalitarismo político inspiró al Papa a establecer la solemnidad de Cristo Rey. Si bien históricamente este es el contexto, la fiesta en sí mismo se funda en una sólida base bíblica donde Cristo es visto como aquel Rey en cuyo Reino el Padre nos ha trasladado al liberarnos del poder de las tinieblas. La frase «Cristo reina» tiene su equivalente en la profesión de fe de los apóstoles, quienes proclamaban en su predicación: «Jesús es el Señor».

El pasaje del Evangelio de hoy narra la muerte de Cristo, porque es en ese momento cuando Cristo comienza a reinar sobre el mundo. La cruz es el trono de Cristo. “Sobre él había una inscripción que decía: ‘Este es el Rey de los Judíos’”, dice el Evangelio. Esa intención de sus enemigos, que justificó su condenación, fue, a los ojos del Padre celestial, la proclamación de su soberanía universal.

Decir que Cristo es Rey no tiene nada que ver con el dominio humano sobre un territorio determinado ni con el poder humano, como tener un ejército. El reino de Cristo obedece a leyes y normas distintas a las humanas. Es viviendo los valores del amor fraterno y el servicio humilde hacia los demás que declaramos nuestra pertenencia a su Reino. No podemos celebrar la fiesta de Cristo Rey sin cuestionarnos cómo nos tratamos unos a otros o cómo ejercemos nuestra pequeña autoridad sobre los demás, como padre, madre, cónyuge, jefe, gerente, etc.

En el centro del reino de Jesús se encuentra la cruz. Como dice san Pablo, en él todo fue reconciliado, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. La multitud que lo veía en la cruz estaba atónita e incomprensible; solo un criminal, crucificado con él, lo entendió. Abrió su corazón a Jesús y descubrió su reino. Le dijo: «Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino». Y Jesús le respondió: «Te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso».

Eso es lo que nos sucede cuando entregamos nuestro corazón a Jesús. Un nuevo camino se abre en nuestra vida para siempre. Por eso, la historia de este hombre es la historia de cada uno de nosotros. Simboliza la posibilidad de ser perdonados y de recibir una nueva oportunidad para conocer a Dios y vivir con él en su reino. Aquí, lo que cuenta no es nuestro pasado, sino la gracia de Dios que transforma nuestra vida hoy y la hace diferente de lo que era ayer.

Para comprender qué tiene que ver esta solemnidad con nosotros, basta con recordar una distinción muy sencilla. Existen dos universos, dos mundos o cosmos: el macrocosmos y el microcosmos. El macrocosmos es el universo entero, externo a nosotros, y el microcosmos es el pequeño universo que es cada ser humano. La liturgia misma, en la reforma posterior al Concilio Vaticano II, sintió la necesidad de enfatizar el aspecto humano y espiritual de esta fiesta por encima del político. Incluso las oraciones para esta fiesta son elocuentes. La

oración ya no pide, como antes, que «todas las familias de las naciones, ahora separadas por la herida del pecado, sean sometidas al dulce yugo del reinado de Cristo», sino que «toda criatura, liberada de la esclavitud del pecado, sirva y alabe a Cristo para siempre».

Consideremos una vez más la inscripción sobre Cristo: «Este es el Rey de los Judíos». Los presentes lo desafiaron a manifestar abiertamente su realeza, y muchos, incluso entre sus amigos, esperaban una demostración espectacular de su reinado. Pero Cristo eligió mostrar su realeza únicamente al cuidar de un hombre, que, de hecho, era un criminal: «“Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”. Él le respondió: “En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”». Desde esta perspectiva, la pregunta más importante que debemos hacernos en la fiesta de Cristo Rey no es si reina en el mundo, sino si reina en mí; no se trata de si su realeza es reconocida por los estados y gobiernos, sino de si es reconocida y vivida en mí.

¿Es Cristo el Rey y Señor de mi vida? ¿Quién gobierna en mí, quién determina mis metas y establece mis prioridades: Cristo o alguien más? Según san Pablo, hay dos maneras de vivir: o para nosotros mismos o para el Señor (Romanos 14:7-9). Vivir «para nosotros mismos» significa vivir como quien se considera el principio y el fin; es una vida ensimismada, atraída únicamente por su propia satisfacción y gloria, sin ninguna perspectiva de eternidad. Vivir «para el Señor», en cambio, significa vivir de tal modo que nuestra mirada es puesta en él, en su gloria, en su reino.

Aquí estamos llamados a una nueva existencia, ante la cual la muerte misma ha perdido su carácter definitivo. La mayor contradicción que el ser humano siempre ha experimentado —la que existe entre la vida y la muerte— ha sido superada. La contradicción ya no reside entre «vivir» y «morir», sino entre vivir «para nosotros mismos» y vivir «para el Señor». Pidámosle a Cristo que nos ayude a vivir para él. Amen.

(Adaptado del Cardenal Raniero Cantalamessa, Homilía de Cristo Rey, 2007).

## **2 Samuel 5: 1-3; Colosenses 1: 12-20; Lucas 23: 35-43**



Fecha de la Homilía: el 23 de Noviembre, 2025

© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20251123homilia.pdf